

Sábado 26 de Julio de 1924

UN SENADOR CLAUSURADO

Discurso que debió pronun-
ciarse en el Senado en la sesión
de ayer.

Pido la palabra, señor presidente.

En la sesión del Martes último, mi honorable colega, el se-
ñor Subercaseaux don Guillermo, con la inconsecuencia que le carac-
teriza, entró a ocuparse, en términos por demás desfavorables, de
un proyecto de clausura con candado y por simple mayoría, califi-
cando a sus autores en forma despectiva y antiparlamentaria.

La circunstancia de encontrarme ausente de la sala, me impi-
dió replicar a esas observaciones, como habría sido mi deseo. El se-
ñor Subercaseaux, al atacar de esa manera un proyecto de clausura,
demuestra una vez más ser uno de los hombres más volubles del país.

Bien, señor presidente. No tengo inconveniente en retirar, co-
mo usted me pide, el calificativo de voluble, si lo considera una
elusión desagradable para mi honorable colega. No ha sido ese mi pro-
pósito, y si me hubiera encontrado, en ese momento, en la sala, no
habría tenido tampoco inconveniente en retirarlo.

Mi ausencia, por lo demás, es explicable. Como su señoría no
lo ignora, tengo iguales o mejores títulos que el señor Subercaseaux
para considerarme senador por la provincia de Yuble, cuyo electora-
do se ha negado, con la misma energía, a favorecerme a uno y otro
con sus votos. Más aún, cuento en favor de mi investidura, con la
circunstancia de no haber sido manchada con fraudes, coacción, asal-
tos y demás actos de intervención electoral conocidos vulgarmente
en el Ejército con el nombre de "bribeadas", en honor del Ministro
de Guerra que tuvo la honra de presidir las elecciones del 2 de Mar-
zo.

Todavía más, podría citar en abono de mis procedimientos, la
palabra autorizada de S. E. el Presidente de la República, quien, a
pesar de contarme entre sus adversarios políticos, jamás me ha sindi-
cado ante don Ismael Tocornal, ni ante nadie, de pretender salir de
senador a costa de la caja del señor Edwards Garriga o cualquiera
de mis competidores.

Cierto concepto algo anticuado de la justicia y la honradez
política, unido a cierto pudor - vergüenza me da decirlo -, es lo que
me ha impedido asistir, como lo hace actualmente mi honorable colega,
a las sesiones de este respetable cuerpo.

Esto no me priva, por cierto, del derecho de que gozo como par-
lamentario, de protestar de la forma insólita en que el señor Suber-
caseaux se ha expresado respecto al referido proyecto de clausura.
Después al Honorable Senado se sirva tomar nota de las siguientes pala-
bras vertidas por el iniciador de otros proyectos de la misma espe-
cie, no menos desacertados y contrarios a todo concepto de libertad:

"Anoche, un grupo de esa juventud bien vestida, merced al dine-
" ro de sus padres - ha dicho el honorable señor Subercaseaux -, y
" que vaga ociosa por las calles de Santiago, presa de un fanatismo
" ciego e ignorante, llegó hasta atentar contra mi hogar, colocando
" letreros injuriosos en las murallas y clausurando la puerta de en-
" trada con un enorme candado. Por el sentido de los letreros allí
" colocados, se deduce perfectamente la filiación política de esos
" miserables, que ya van constituyendo una afrenta para la sociedad
" de Santiago".

Y agrega el honorable señor Subercaseaux:

"Esa es una parte de la juventud dorada, y por el valor del can-
" dado, se comprende bien la ventajosa situación económica de que go-
" za. ¡Qué decadencia moral tan lamentable! ¡Y esa es la juventud que

" se llama defensora del orden social y que tiene la audacia de titular a su prensa la buena prensa!"

Lada más lejos de mi espíritu que pretender apoyar en forma alguna semejante proyecto de clausura. Por el contrario, lo considero tan nocivo, tan inconsulto y atentatorio a las libertades públicas, como el patrocinado, años atrás, por el señor Subercaseaux. Por muchos que fueran los autores de la opresora medida, por pocos que fueran los ciudadanos contra los cuales se aplicaba, estimo que la clausura constituye un atropello intolerable. Siempre he sido enemigo de la clausura por simple mayoría y sin discusión previa.

En esta triste humanidad - como puede acreditarlo el propio señor Subercaseaux -, los incapaces, los fatuos, los tontos, los inmorales, son los más. Los aptos, los honrados, los modestos, los inteligentes, son los menos. Dar a los primeros el derecho de hacer callar a los segundos, es cerrar el paso a toda idea que esté por encima de la mediocridad. Y cerrar el paso a una idea hermosa y noble porque está en minoría, es algo peor que impedir la salida de su casa al señor Subercaseaux.

Mi honorable colega acaba de experimentar en carne propia los funestos resultados a que puede conducir un proyecto de clausura; pero no tiene razón en ensañarse en sus autores - que permanecen aún en el misterio -, llamándolos ociosos, fanáticos, miserables e ignorantes.

Cuando él patrocinaba su proyecto, nadie se expresó de él en esa forma. ¿De dónde deduce que sus émulos, en materia de clausura, merezcan tales invectivas?

El honorable senador acaba de decirlo: de las dimensiones y valor del candado y del sentido de los letreros colocados en la puerta.

Yo no dudo de que el señor Subercaseaux posee grandes dotes policiales, tantas o más que en materias económicas.

Mi honorable colega, acaso está más cerca de Sherlock Holmes que de Leroy Beaulieu; pero es preciso confesar que sus ideas en punto a investigación, están llamadas a revolucionar el arte policial, tanto o más que sus ideas económicas las finanzas del Estado.

Según mi honorable colega, el valor y las dimensiones de un candado, permiten apreciar exactamente, no sólo la situación social, el obolengo, las ideas políticas y las cualidades morales de quienes lo colocaron, sino hasta el diario de sus aficiones, y si el dinero que poseen lo han recido de sus padres o de sus suegros.

Un candado, un modesto candado, puede servir de base a una escala completa de investigación política.

El candado de valor de un peso, es demócrata; de \$ 2, es radical; de \$ 3 liberal democrático; de \$ 4, liberal unionista o conservador; pasando de ese precio, el candado debe ser forzosamente oportunista. Sólo una persona capaz de recorrer, según las conveniencias momentáneas, todos los partidos, puede atreverse a cometer un acto tan indigno como gastar \$ 5 en un vil instrumento de clausura.

Una escala semejante fluye de las deducciones del honorable señor Subercaseaux, en cuanto al " sentido de las frases " estampadas a la entrada de su hogar.

Colocada en sentido horizontal, la frase es conservadora; en sentido vertical, es liberal; escrita "patas arriba" la frase, indica renovación de valores y es, por lo tanto, aliancista, y puesta en todas direcciones, sin más rumbo que el de la propia conveniencia, la frase es oportunista y partidaria del señor Subercaseaux.

No obstante, aun aceptadas como indiscutibles estas hipótesis policiales del honorable senador, persiste en pie la discusión acerca de la situación social, el abolengo y las cualidades morales de los autores del proyecto de clausura, y el señor Subercaseaux no tiene derecho a expresarse en esa forma de personas que no lo conocen o a lo menos dejaron de saludarlo.

¿Cómo, señor presidente? ¿Pretende usted clausurar este debate? ¿No me permite dar término a mis observaciones? ¡Esto es una iniquidad, un abuso, una infamia! ¡Clausurado!! ... ¡No puedo continuar! ¡Ya me han puesto el candado, el candado de 5 pesos, el candado oportunista!

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile